862.8
T2553
v.252
no.6

232

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

862.8
T2553
v.252
no.6

a 00003 481413

This book must not be taken from the Library building.

GABRIELA DE VERGY.

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/gabrieladevergyt02dazj

GABRIELA DE VERGY,

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS.

SU AUTOR

DON JOSÉ MARÍA DIAZ.

MADRID.—1862.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente Alta, núm. 52.

AL SR. D. JUAN MORENO BENITEZ,

EN TESTIMONIO DE CARIÑOSA AMISTAD,

JOSÉ MARÍA DIAZ.

759461

PERSONAS.	ACTORES.
GABRIELA DE VERGY. . .	Doña Teodora Lamadrid.
LAURA.	Balbina Valverde.
FAYEL	Don A. Casañer.
RAOUL DE COUCY.	P. Delgado.
OMER, esclavo árabe. . . .	A. Pizarroso.
ARNOLDO, paje de Fayel. .	S. Vega.
BERTRAND, escudero de id.	P. Montaño.

Pajes, Escuderos, Monteros.

La escena pasa en Borgoña, en el castillo de Otrey: reinado de Felipe Augusto.

La propiedad de esta tragedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

A mi amiga D.ª Joaquina García

El autor.

ACTO PRIMERO.

Salon gótico.—Una espaciosa galería en el fondo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

FAYEL.—ARNOLDO.—Este, con una rodilla en tierra, á los piés de aquel.

ARNOL. La Santa Vírgen te guarde!
FAYEL. Levanta del suelo pronto
y Dios te ayude, si vuelves,
como cumple á mi decoro.
ARNOL. Un año hará que salí
de este castillo, en que pocos
han entrado á tu servicio,
con menos razon que Arnoldo.
Errante en esas montañas....
FAYEL. Aparte deja enfadosos

recuerdos: agradecido
te quiero y leal. Antojos
de coronista me enojan,
y me impacientan.

ARNOL. Celoso
pechero, por tí he cruzado
las turbias aguas del golfo,
y por tí, del huracan
llevóme el rugido sordo
á Palestina, desierto
que abrasan los rayos de oro
del sol, á más de agarena,
con sangre cristiana, rojo.

FAYEL. Prosigue, Arnoldo.

ARNOL. Allí supe
de Raoul, bizarro mozo,
á la sombra de su tienda
risueño, en las lides torvo,
terror de la media luna,
de los cruzados asombro!
Obediente á tu precepto,
le pedí para mi arrojo
ocasion, caballo y lanza
y en el peligro su apoyo.
El buen caballero al punto,
que «sí» me dijo con gozo,
y no sospechó que abrigo
daba al reptil venenoso.
Desde ese dia, señor,
mintiendo cariño propio,
fuí la sombra de su cuerpo
y horizonte de sus ojos:
junto á su lecho velaba,
le entretenia en sus ocios,
su amistad, sin gran trabajo,
logré ganar de este modo.

RBC/NcU

Una noche en que del viento,
levantado, al recio soplo,
de aquella arena candente,
quemaba la cara, el polvo,
recogidos de su tienda
al amor, yo ví en su rostro
dos lágrimas, que nacieron
de su pecho en lo más hondo,
y acompañadas corrian
de recuerdos y sollozos.
Á mi ruego el caballero
abatido y melancólico
narróme entonces la historia
de sus lances amorosos;
y Gabriela de Vergy....

FAYEL. Acaba, por Cristo, Arnoldo.

ARNOL. Vida y alma de Raoul,
de su esperanza tesoro,
Gabriela es la blanca flor
de aquel animado tronco.
¡Por ella vive; por ella!...

FAYEL. Pruebas al punto.

ARNOL. Respondo
de que es verdad lo que digo.

FAYEL. Aprisa, paje, ó te ahogo.

ARNOL. Improviso, del combate
resuena el clarin sonoro,
y el campo cristiano en armas
se apresta á la lid brioso.
Raoul de Coucy, señor,
es el primero entre todos,
que acude donde le llama
de los infieles el ódio.
Rayo es que cruza el espacio;
¡creo, que del gran apóstol
brillaba en su fuerte diestra

el acero luminoso!
Hiere, mata y atropella
cuanto le sirve de estorbo:
«Victoria» grita el cristiano
de alegre entusiasmo loco,
y «victoria» del desierto
el eco repite bronco;
y en tanto que los cruzados,
de triunfo tan grande absortos,
á Raoul de nuevo aclaman
con frenético alboroto,
de muerte herido, Raoul
volvia á su tienda en hombros
de sus pajes y escuderos....

FAYEL. ¿Ha muerto Raoul!

ARNOL. Lo ignoro.
El mismo dia, bañado
con el llanto de sus ojos,
cadavérico el semblante,
pero tranquilo en el colmo
de su desdicha, me dió
este escrito misterioso:
«para Gabriela» me dijo;
«para Fayel,» dijo Arnoldo.
(Fayel toma el pergamino que le entrega Arnoldo, y lo lee mientras que este dice los últimos versos.)
Y sin esperar á que
dijeran los hombres doctos,
si era la herida mortal,
segunda vez presuroso,
mi vida entregué á los vientos
y del mar á los escollos.
Dolencia grave tres meses
me tuvo en el promontorio
de Chipre; á no ser por esto,
llegado hubiera más pronto.

FAYEL. ¡Conque es verdad! Mi sospecha
es ya evidencia y notorio
mi baldon! ¡Ella le ama!... (Aparece Bertrand.)
La vida de ambos es poco
para lavar esta afrenta
que me cubre de sonrojo!
¡Al fin; villana, salida
por causa mia del lodo!
¡El castellano de Otrey
de Gabriela es el esposo!...
Señor feudal, mis pecheros
son mis esclavos!... El potro
del tormento, la cuchilla
del sayon... dejadme solo!

ESCENA II.

FAYEL.—BERTRAND.

BERT. El enojo templad.
FAYEL. Traicion villana!
BERT. Gabriela de Vergy, como ninguna
hermosa, y fiel á sus deberes santos....
FAYEL. No lo creas, Bertrand; inextinguible
el fuego de ese amor arde en su pecho,
como en el mio la siniestra antorcha
del ódio y del rencor. Triste, abatida,
á su hondo padecer creyendo estrecho
este alcázar feudal, errante vaga
por la aspereza del vecino monte,
en su callada soledad buscando
cordial que cierre su profunda llaga.
No ha olvidado á Raoul!
BERT. Y en eso, funda
sus sospechas, Fayel? Porque á Gabriela
los montes y los valles solitaria

le plazca recorrer, tal vez en ellos
levantando á los cielos su plegaria...

FAYEL. No ha olvidado á Raoul! Lo sé: Gabriela,
ya silenciosa y recogida mire
nacer el claro sol de la mañana,
desde esa hermita en que devota y pía
á Dios eleva su oracion cristiana;
ya de la tarde á la tranquila sombra,
en esos bosques, por su mal olvide,
que dentro de los muros de este alcázar,
Fayel, su esposo y su señor, reside;
noche y dia, Bertrand, Gabriela amante
al aire dá, con atrevido acento
el nombre de Raoul, porque ese nombre
del eco en alas le devuelve el viento.

BERT. Señor!

FAYEL. Escucha. Lo que vá mi lengua
á revelarte al fin olvida pronto,
porque es, Bertrand, de tu señor en mengua.
Ay de tí, si indiscreto ó malicioso
con villana intencion y audacia loca,
comenta el vulgo de Fayel secretos
que bajan hasta tí desde mi boca!
Contra su voluntad y de su anciano
padre cediendo al invencible ruego,
dejó Gabriela el retirado albergue
en que nació, y al de Fayel traida,
vino á alumbrar con el radiante brillo
de su hermosura, de mi triste vida
la austera soledad. Bertrand, en vano
para ganarse su cariño, puse
el mismo afan, con que logré su mano.
Más que esposo, galan, de gentilezas
en florido vergel, de estas montañas
troqué las seculares asperezas;
y alegres danzas y vistosas cañas

y trovas provenzales y festines
trageron á mi gótico recinto,
en número infinito, paladines
y trovadores. Con mortal asombro
estas comarcas á su conde vieron
olvidando sus hábitos sombríos,
y demente sin duda le creyeron!...
Todo, Bertrand, para arrancar memorias
de ese funesto amor que la avasalla,
pasion que ha de crecer, por ser de aquellas
que el alma siente y el decoro calla.

BERT. Esos males, señor, la ausencia cura.
De Palestina en la region candente,
noble cruzado, el de Coucy levanta
bandera propia, cuyo lienzo al cabo
será mortaja que sus restos cubra
sobre la arena de la tierra santa.

FAYEL. Una noche, Bertrand... Pura y serena,
girando por la cóncava techumbre
la luna, sobre el mundo que dormia
fanal de blanca luz, con tíbio rayo
su bienhechora claridad vertia...
Era una noche del florido Mayo!
Yo ví á Gabriela que dejó su lecho;
y yo la ví que con medrosa planta
se encaminó por la ancha galería
de este castillo á la capilla santa.
Dentro ya de ella, resignada, humilde
como un mártir en el mármol frio
del pavimento se postró de hinojos,
sobre sus losas derramando impío
llanto á raudales de sus negros ojos.
Fijos estos allí, donde se adora
trasunto hermoso, de piedad modelo,
la imágen pura de la Vírgen madre,
fuente de todo bien, reina del cielo,

yo la escuché, que con fervor rezaba,
pero tambien que de Raoul el nombre
indiscreto su lábio pronunciaba.
»Con sangre riega la abrasada senda,
»eterno Dios, que á tu sepulcro guia;
»sé tu el escudo en tan feroz contienda
»de mi amado Raoul...» Esto decia...
y yo, que avergonzado la miraba,
no le arranqué la pecadora lengua,
por no ofender al Dios, que ella invocaba!...
Pero juré de tan culpable empeño
tomar venganza, y al siguiente dia
para Jerusalen mi page Arnoldo,
aventurero campeon, salia.
Un año entero de penosas dudas,
de silencio, Bertrand; de ahogar mis celos
dentro del corazon!... Ya el dique roto,
esposo y juez, á la culpable, cuenta
le pediré de su perjuro voto.

BERT. Ella se acerca.

FAYEL. Como siempre triste!

BERT. Señor, quién sabe si dolencia oculta...

FAYEL. Su dolencia es de amor.

BERT. De dia en dia
de su vida la luz se va apagando...
un agravio, Fayel, la mataria...

FAYEL. Basta; sepulta compasion tan loca
en el rincon más hondo de tu pecho.
Para así contrariar antojos mios,
desde cuándo, Bertrand, te dí derecho?

ESCENA III.

FAYEL.—GABRIELA.—BERTRAND.—LAURA.--OMER.

GAB. Vete, Laura: Señor!... (Váse Laura; la sigue Omer.)

FAYEL. De dónde viene

la esposa de Fayel?

GAB. He recorrido
las pobres chozas de la humilde aldea
que de este alcázar á distancia corta...
la caridad y la limosna han sido
en ellas mi solaz... Si esto os ofende...

FAYEL. Oh! no, Gabriela; pero sí me importa
esa eterna afliccion, ese desvío,
esa tenacidad con que severa
rechazais pruebas del afecto mio...

GAB. Sufro tanto, Fayel!

FAYEL. Por hoy siquiera
dejad el luto, reprimid el lloro;
vestíos hoy vuestras mejores galas,
Gabriela, que hay razon. De los cruzados
el estandarte, al fin, de Tolemaida
fijo sobre los ricos alminares,
anuncia al mundo, para eterna gloria,
el triunfo de la Cruz: Bertrand, mañana
alegre y bulliciosa cacería
de estas comarcas el sosiego turbe,
desde que en el Oriente apunte el alba,
hasta que muera en Occidente el dia.

GAB. Y quién la nueva os dió?

FAYEL. Mi page Arnoldo
de la cristiana Tolemaida ha vuelto.
Ruda fué la contienda.

GAB. (Vírgen santa!)

FAYEL. Con grande empeño la agarena hueste
se mantuvo en la lid; los caballeros
mejores de Felipe y de Ricardo
Plantagenet, en tan feroz combate,
pagaron con su vida juramentos
hechos á Dios!...

GAB. La mortandad fué mucha?

FAYEL. El señor de Coucy...

GAB. Raoul?

FAYEL. Gabriela!
El señor de Coucy murió en la lucha.

GAB. (Apoyándose en la mesa por no caerse.) Ay!

FAYEL. Qué teneis?

GAB. No sé; que se retire
Bertrand.

FAYEL. Hablad.
(A una señal de Fayel se retira el escudero.)

ESCENA IV.

FAYEL.—GABRIELA.

GAB. Fayel, secretos guardo
dentro del corazon...

FAYEL. Quién lo diria?
Hablad, Gabriela, sin temor.

GAB. Memorias
de Raoul de Coucy...

FAYEL. Ya lo sabia.
Mi honra, Gabriela...

GAB. Resplandece pura,
Fayel; sin mancha está, como la mia.
De humilde condicion vine á la tierra;
orillas de la mar pobre cabaña
en mi edad infantil prestóme asilo,
y el astro hermoso, en cuya luz se baña
la humana creacion, desde su altura
vió la pobreza de mi hogar tranquilo.
Allí corrieron mis mejores dias;
allí brotó la dulce primavera
de mi vida, Fayel; de un padre anciano
pechero tuyo, generosa y santa
cuidó de mí la bendecida mano;
y allí tambien, señor, en mis cabellos

sin otra joya, que la flor cogida
en los vecinos valles y prendida
con estudiada negligencia en ellos,
doncel apuesto, de abolengo claro
de palabras de miel y adverso síno,
quiso la desventura de mi estrella,
que me viera Raoul en su camino.
Yo le escuché; mi oscuridad sombría
prometióme trocar en gloria tanta,
que le esperaba como espera al dia
la flor que nace, el ruiseñor que canta.
Todo inútil, Fayel! A tu grandeza
me alzó tu voluntad, señor y dueño!...
De tu pechera la esperanza entonces
se disipó, como si fuera un sueño!
Ley para mí las lágrimas de un padre,
ley para él tu voluntad, llorosa
lleváronme al altar, de blancas flores
víctima coronada y fuí tu esposa!
Raoul lo supo y su dolor fué tanto,
que abandonando sus nativos lares,
para nunca volver, cruzó sin duda
la inmensidad de los revueltos mares.
Ya no existe, Fayel; que iras refrene
tu alma implacable en mi dolor te pido...
¡Sobre el sudario que su cuerpo envuelva,
caiga el otro sudario del olvido!

FAYEL. Oh! no direis, que sin conciencia abuso
de mi suprema autoridad; tranquilo
palabras escuché que me lastiman.
Por qué, Gabriela, al colocar mi mano
en vuestras sienes la condal corona,
no me dijísteis el profundo arcano
de vuestro corazon? Es que más tarde...
despues de un sí...

GAB. Fayel!

FAYEL. No tan altiva,
Gabriela de Vergy!
GAB. No tan injusto,
castellano de Otrey! No dá derecho
quien tan franca os habló, para ese agravio!
Básteos saber, que en los altares pudo
un sí perjuro pronunciar mi lábio;
pero nadie, Fayel, dirá mañana,
que yo he manchado tu condal corona,
mujer al fin de condicion liviana;
débil, humilde, abandonada y pobre,
lo que me falte de blason ilustre,
bueno será que de virtud me sobre.
FAYEL. Virtud llamais á la mortal ponzoña
de un insensato amor? Ignora acaso
Gabriela de Vergy, que quien se atreva
mis iras á arrostrar, no hay en Borgoña?
GAB. Lo sé; en tu corazon áspero y rudo
secó el rencor de la piedad la fuente:
de tu opresion el vigoroso cetro
en sus entrañas la Borgoña siente.
Esclavos todos, la cadena arrastran
que les impones en tu férreo yugo...
No hay para ellos más ley, que tu capricho,
y un solo tribunal en tu verdugo.
Busca allí la razon, si no estás ciego,
de que Gabriela, en su terror, cediese
de un padre anciano al cariñoso ruego.
No es posible, Fayel; deja que libre
de esa oscura prision y de esas galas
en que me enredo, cuando no me enojan,
y de otra pueden adornar las alas,
deja que mis tristezas y amarguras
dentro de un monasterio se recojan:
yo allí pediré al cielo te conceda
en recompensa de merced tamaña,

toda la dicha que otorgarte pueda!

FAYEL. Gabriela, delirais! La pesadumbre
os extravia; de mi alcázar triste
el ornamento sois; la clara lumbre
de esa hermosura, que el dolor marchita
de un recuerdo, mi orgullo lisonjea;
vuestra pena y mi afan nada me importan,
siempre que al lado de Fayel se os vea.
Yo haré cegar el manantial fecundo
de esas sangrientas lágrimas que corren
de vuestros ojos, y aunque estén muy hondas,
que las memorias de Raoul se borren.

GAB. ¡Quimérica ilusion! Quien el hastío
sienta en su corazon á eso que llama
vivir el mundo, como yo en el mio,
es, cuando más, Fayel, un esqueleto
sin fé, sin voluntad, vision que errante
vaga, que á estéril compasion provoca,
que vé la vida y de su encanto rie,
que vé un sepulcro y con placer le toca.
Ni qué felicidad brindaros puede
en vuestro alcázar ya, quien tan sin ella
en él se alberga, que á lo sumo es sombra
de lo que fué? Si con la ausencia suya,
el reir de mis años juveniles
en desesperacion trocó la pena,
¿cuál no será mi desconsuelo ahora,
hoy que lidiando en extranjeras playas,
hoy que ya muerto el corazon le llora?

FAYEL. Gabriela!

GAB. ¿Os enojais? Causa os he dado...
Fayel, teneis razon. Vuelva á la nada
quien de la nada al escalon primero
subió de la nobleza. Ingrata esposa,
que el escudo feudal de un caballero
con el borron de sus recuerdos mancha,

no ha de vivir como el decoro pide
de su alta dignidad. Mis privilegios
de Otrey el noble castellano olvide
clemente ó justiciero; de este alcázar
haced que salga con los pies desnudos;
mandad que nadie á mi clamor abierta
tenga la suya y descubierto el rostro
limosna pediré de puerta en puerta.
¿Qué más de mi quereis?

FAYEL. Quiero, señora,
que á mi lado vivais; secar ansío
el bien que os dé la soledad, al soplo
helado, inerte del escarnio mio.
Dos años, dos, con el harpon clavado
de violenta inquietud, de afan constante,
dentro del corazon que generoso
padecia en silencio, del amante
ausencias tristes envidió el esposo.
¡Cruel martirio que vengar me toca!
Sombra vuestra he de ser! Y si os arrastran
hondas tristezas al culpable empeño
de abandonar mi conyugal recinto,
un castigo cruel... ¡La ley es dura!

GAB. Y mi juez sereis vos!

FAYEL. Rara altiveza
en quien tan cerca está de que mis iras
entreguen al verdugo su cabeza!
(Con el pergamino en la mano.)
Sin duda no sabeis que entre mis manos
de ese amor criminal un testimonio!...

GAB. Criminal ese amor? No lo fué nunca.
Oh! no me conoceis! Esa amenaza
en mi penosa esclavitud me irrita,
no me acobarda. En su sepulcro frio,
lejos de su hija ya, de vos más lejos,
seguro duerme en paz el padre mio! (Suena un clarin.)

ESCENA V.

FAYEL.—GABRIELA.—BERTRAND.

FAYEL. Á qué venís, Bertrand?
BERT. Al Castellano
del castillo de Otrey, para esta noche
pide hospitalidad un caballero...
Oscuro del cielo está, que le encapotan
preñadas nubes y con ira recia
vientos del Norte la muralla azotan.
Armado viene; su semblante oculta
dentro del casco y en sus hombros luce
la roja cruz del Temple.
FAYEL. Entre en buen hora;
de mi castillo las feudales puertas,
pechero ó noble, cuando el viento ruja,
téngalas siempre, quien lo pida, abiertas.

ESCENA VI.

FAYEL.—GABRIELA.

FAYEL. Y vos, Gabriela, serenad el rostro,
la Castellana sois de este castillo;
honrad al huésped cuanto el huésped vale.
¡Mucho ha de ser, quien de templario lleva
la roja cruz!

ESCENA VII.

FAYEL.—GABRIELA.—BERTRAND.—RAOUL DE COUCY.—UN PAJE.—OMER, que se coloca al lado de Gabriela. Bertrand al lado de Fayel.

FAYEL. Si juramento ó voto
no os lo prohibe, conocer deseo,

á quien sin duda por la vez primera,
en el recinto de mi alcázar veo.
No respondeis? (Raoul levanta la celada.)

GAB. (Dando un grito.) Raoul!

FAYEL. (Venganza mia!)

GAB. Vírgen, Madre de Dios, sé tú su escudo!

FAYEL. Sois Raoul de Coucy?

RAOUL. Tal es mi nombre.

FAYEL. Por muerto os dió la fama.

RAOUL. Fué milagro
que á Dios ya agradecí!

FAYEL. Llegais á tiempo
de asistir á la alegre cacería,
que yo en honor de las cruzadas huestes....

RAOUL. Mañana mismo al asomar el dia
del castillo saldré.

FAYEL. Descanse ahora
el cuerpo, que despues... El cielo os guarde!
(Acompaña á Raoul hasta la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

FAYEL.—GABRIEL.—OMER.—BERTRAND.

FAYEL. Bertrand!

BERT. Qué me quereis?

FAYEL. (Ay de Gabriela!)
(Gabriela le observa.)

GAB. (Ap. á Omer.)
Es mi huésped, Omer: de él me responde
tu propia vida! Sin descanso vela!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

BERTRAND.—ARNOLDO.

BERT. Que tanta sangre nos cuesta
ganar el santo sepulcro?
ARNOL. La de los cristianos corre
á torrentes, y presumo
que ha de ser Jerusalen
la fosa, Bertrand, de muchos.
BERT. De sobra tiene el valor
nuestro rey Felipe augusto!
ARNOL. Y la ciudad guardadores
alberga tras de sus muros,
de ánimo tan valerosos,
como de cuerpo robustos.
Guerra santa el Saladino

gritó con ceño iracundo,
y á su voz, sumisa esclava,
el Asia en tropel confuso
arrojó sobre el desierto
sus tríbus, inmenso grupo
de gente feroz y astuta,
que lidia incansable y rudo,
de la fé que en su Profeta
tiene, al misterioso impulso.

BERT. Y quién entre tantos?...

ARNOL. Como
Raoul de Coucy, ninguno.
Caballero más bizarro
no se conoce en el mundo!
Gentil de apostura, altivo
de pensamientos y duro
en la fatiga, al combate
no llega nunca el segundo.
Terror del moro le llaman
los cruzados y yo os juro,
señor Bertrand, que aclamarle
de esa manera es tan justo,
como dar á nuestro conde
y señor vida y peculio.
Se levanta con la aurora,
se duerme en el campo el último,
y á todas horas, Bertrand,
encuéntrale el moro á punto.
(Con intencion y malignidad.)
No es verdad, que fuera cosa
de darse al diablo, si alguno
en tan noble caballero?... (Desnudando la daga.)

BERT. Qué dices, page?

ARNOL. Pregunto...

BERT. Sirve á Raoul de Coucy
la hospitalidad de escudo;

no mancha el conde Favel
blasones que brillan puros.

ARNOL. Bertrand, aunque mozo, en algo
al hablar yo así me fundo.
Parecióle al conde mal
que aquí se entrara, y disgusto
le causó ver que vivia,
cuando por muerto le tuvo.
Además, guárdale el conde
rencor por no sé qué asunto
de tiempo no muy remoto...
historias de amor que supo
y desde entonces le tiene
receloso y cejijunto.
Los celos, señor Bertrand,
son dardos que en lo profundo
se clavan del corazon:
tempestades del orgullo
herido, venda que ciega
la razon, torpe verdugo
del honor, que en ocasiones
al crímen pagan tributo.
Y que está celoso el conde,
yo, Bertrand, os lo aseguro.
Mala estrella al de Coucy
á nuestro alcázar condujo!
Quedárase en Palestina
y viviera más seguro
que en Otrey!... La Castellana...
Vamos de aquí... Trocó el luto
por las galas de condesa...

BERT. Vanidad qne yo disculpo.

ARNOL. No, Bertrand, eso es amor
cansado de estar oculto.

ESCENA II.

GABRIELA.—LAURA.—Aquella lujosamente ataviada.

GAB. Déjame, Laura: desde aquí mis ojos
ven la montaña y el risueño valle
que riega con sus aguas el Saona...
Allí mis horas de Raoul ausente
silenciosas y lúgubres corrieron!...
Deja, que alegres hoy las de mi vida,
tras dos años de afan, tranquila mire,
cómo abandona el sol en Occidente
la luz hermosa que en sus rayos arde,
al misterioso impulso de esa sombra,
que brota de las brisas de la tarde.
Esa apacible sombra, Laura mia,
hará que pronto á mi recinto vuelvan
los que fueron allá de montería!

LAURA. Conten, Gabriela, tu imprudente gozo;
piensa en Fayel; su condicion astuta,
ignorándolo tú, quizás te espía.
Page habrá en el castillo que te observe,
y lengua habrá tambien, que te calumnie...
Esposa de Fayel, en lo profundo
del corazon, tu bienestar sepulta,
que es la felicidad, cuando se siente,
más agradable, cuanto más oculta.

GAB. Laura, eso no; como el dolor, la dicha
ha menester que se refleje un tanto
en quien alegre, nuestro bien aplauda,
como enjugaba, en nuestro mal, el llanto.
Laura, tu sola en mi retiro, madre
que me dió la horfandad, correr el mio
vistes piadosa; de mi eterno insomnio
tú has presenciado la febril angustia...

y no quieres que yo, cuando en el alma
flor de ventura pasajera abrigo,
busque en tus ojos con tenaz porfía,
ya que disculpa mi pasion no sea,
el reflejo no más de mi alegria?

LAURA. Raoul mañana dejará el castillo.

GAB. Mañana, Laura, perderá á mis ojos
sus colores la flor, el sol su brillo!

LAURA. Gabriela!

GAB. No te asustes: ya mi boca
se lo dijo á Fayel.

LAURA. Y el conde?...

GAB. Inmóvil,
como una estátua, oyó la historia triste
de mis amores; mi afligido acento
no conmovió su corazon de piedra;
negóme sin piedad y desdeñoso
la solitaria celda de un convento!
»La esposa ha de vivir con el esposo.»
Esto me dijo y con sonrisa amarga
me recordó Fayel mi juramento!

LAURA. Ay, Gabriela infeliz! En este mundo
cuánto de afan y de dolor te espera!
Condenada á vivir en lazo estrecho!...

GAB. Madre, te engañas... y el secreto mio,
si me tienes amor, guarda en tu pecho.
Lejos de aquí, sobre escarpada roca
cumbre de un monte, que á las pardas nubes
de espesos robles coronado, toca,
entre un torrente de espumante linfa
que salta ronco de la dura peña,
y un precipicio cuyo fondo espanta...
de antigua forma y de color oscuro,
triste mansion de impenetrable muro,
aislado un monasterio se levanta.
De un rey de Francia la piedad y el celo

sus hondos fundamentos amasaron,
y otros reyes despues, como el asilo
más seguro y mejor, le consagraron.
Allí en austéra soledad olvida,
pobre congregacion al santo rezo
de dia y noche consagrada, glorias
y confusion de la mundana vida.
Nadie, hasta ahora, se atrevió en tumulto
sus muros á escalar; el blason régio
su puerta guarda y violentaria crímen
seria de increible sacrilegio.
Quien tal hiciera, sobre sí traeria
del noble y del pechero la venganza,
que echó sobre él, por singular cariño,
de religiosa inmunidad augusta
la Francia entera el consagrado armiño.

LAURA. Y qué, Gabriela?...

GAB. Al despuntar mañana
en el Oriente el sol, si nadie quiere
seguirme, sola emprenderé el camino
que á ese lejano monasterio guia:
á pié y descalza, penitente, austéra,
de choza en choza, mendigando el frio
pan de la caridad, llegaré al cabo,
incansable y tenaz, á esa montaña,
que un espantoso precipicio cerca
y un manantial en su corriente baña.
A los lamentos de dolor que exhale
sus puertas se abrirán... (Se oye la trompeta de caza.)
(Con tono lúgubre.) Ay! Alegria,
que la presencia de Fayel destruye!
Laura, ¿será verdad que yo me atrevo?...
Yo que en la angustia y afliccion presente,
ni entristecerme, ni alegrarme debo?
(Se oye la trompeta del castillo.)

LAURA. El conde ha entrado ya. (Asomada á la ventana.)

GAB. (Con agitacion.) Llegue en buen hora,
¿Y Raoul de Coucy no le acompaña?
LAURA. Serenidad!... Valor!... El sacrificio
es grande... ya lo sé...
GAB. Mayor que piensas!
LAURA. Gabriela mia!
GAB. Te prometo, oh madre...
Sobrada fuerza en mi virtud encuentro...
Llanto imprudente que el amor me arranca...
llanto del corazon, vuélvete adentro...!
(Aparecen los pages, escuderos y monteros cargados de reses muertas en la cacería. Despues Fayel, Raoul, y Omer. Gabriela sale al encuentro de los cazadores.

ESCENA III.

FAYEL.—GABRIELA.—RAOUL DE COUCY.—LAURA. BERTRAND.—OMER.—PAGES.—MONTEROS.—ESCUDEROS.

FAYEL. El señor de Coucy no tendrá queja
de la noble y hermosa Castellana
del castillo de Otrey; nunca á mis ojos
apareció Gabriela tan galana.
A no saber su condicion severa,
diérame en qué pensar aliño tanto!
GAB. Honro al huésped, Fayel.
(Durante los versos anteriores, los Pages habrán aparejado la mesa y puesto sobre ella, carnes, frutas y leches; jarros de vino y copas.)
FAYEL. Y yo quisiera,
que le honrárais aun más, porque le tiene
en mucho el Rey.
GAB. Señor, á lo que veo
fué la jornada...
FAYEL. Silenciosa y triste,

aunque en despojos, excedió al deseo.
Era de ley solemnizar, Gabriela,
el triunfo de la cruz en Palestina...
El señor de Coucy nos ha mostrado,
que es en los montes cazador tan diestro,
como en el Asia emprendedor soldado.
Bertrand...

BERT. Cuando gusteis...

FAYEL. Señora mia...!

GAB. A la mesa, Fayel... Buen caballero...
Carnes y frutas; blanco pan y leche.

FAYEL. Y vino de Borgoña, que en un punto
de nuestras almas las tristezas eche.

(Fayel, Gabriela y Raoul, precedidos de algunos pages y escuderos, entran en la habitacion del conde.)

ESCENA IV.

BERTRAND.—OMER.—Un page coloca dos grandes candelabros en la mesa: otros encienden las lámparas de la galería que conduce á la capilla.

BERT. Quédase Omer aquí?

OMER. Me lo ha ordenado
la Castellana. Para honrar al noble
templario, quiere que el feudal recinto
se ilumine esta noche, que de lejos
contemplen nuestros rudos montañeses
de tan solemne fiesta los reflejos.
Por eso aquí su magestad sombria
pierde el alcázar hoy y se convierte
su oscuro centro en la mansion del dia.

BERT. Y cómo, en fin, le pareció al esclavo
del conde la reciente caceria?

OMER. Bertrand, no debe en su bondad el hombre,
de las obras de Dios la más perfecta,
acosar á la res inofensiva;

si mansa corre por colina y valle,
libre del monte en la aspereza viva.
El ejercicio venatorio el alma
fortifica, Bertrand, y la engrandece
cuando en la arena del desierto luchan
hombres y fieras; cuando allí desnudo
de pecho y brazo, el árabe del tigre
sereno espera la punzante garra
y le destroza con el hierro agudo,
ó con sus manos á sus pies le amarra.
Otra cosa, Bertrand, es inhumano
capricho de señor, que dá á sus ojos
pasto de sangre, en la inocente y pura
del corzo débil que al sentirse herido
amarga queja de dolor murmura.

BERT. Nuestro conde y señor, fama en Borgoña
de diestro cazador ha conquistado.

OMER. Más diestro el de Coucy, de los monteros
hoy el asombro fué. Llámanle en Asia,
Bertrand, si es cierto lo que Arnoldo cuenta,
el mejor de los nobles caballeros.

BERT. El Rey su arrojo y su prudencia aplaude?

OMER. Y es nuestro huésped.

BERT. Hónrale en su alcázar
de Otrey el poderoso Castellano.

OMER. Y guárdale, Bertrand, quien no ha perdido
la fuerza aún de su robusta mano,
quien clavados en él los ojos tiene;
quien desde aquí le vé, quien noche y dia
por él velando, pagará en insomnios
deudas de gratitud. Tranquilo puede
dormir Raoul en la feudal morada
del ilustre Fayel: yo lo aseguro.

BERT. Quiéralo el cielo! Vigilancia, esclavo.

ESCENA V.

FAYEL.—GABRIELA.—RAOUL.—BERTRAND.—OMER.

FAYEL. Qué tan pronto la hermosa Castellana...
GAB. Es ya tarde, Fayel.
FAYEL. Gabriela!
GAB. Franco
hospedaje se os dió...
RAOUL. Por él, señora...
GAB. Dios proteja al bizarro caballero...
que abandona por él patria y familia!...
RAOUL. Él os guarde tambien!
GAB. Así lo espero!
(Fayel acompaña á Gabriela hasta las puertas de su habitacion.)

ESCENA VI.

FAYEL.—RAOUL DE COUCY.—BERTRAND.—OMER.

RAOUL. Gabriela mia!
FAYEL. Si me da licencia
el señor de Coucy... ¡Próspero viaje
dé el cielo á tan bizarro caballero!
(Se retiran Fayel y Bertrand.)

ESCENA VII.

RAOUL.—OMER.

RAOUL. Eterno adios, cuya tristeza inunda
de pena el corazon! Será mi ausencia
larga!... muy larga!
OMER. Mi señor, ya es hora
de que el reposo á tu abatido cuerpo

nueva energia dé: ruda y cansada,
de risco en risco y de vallado en bosque,
en pos del javalí, fué la jornada.
Ya el festin acabó; sueño tranquilo
en blando lecho al cazador espera.

RAOUL. Siempre este esclavo tras de mí! Su vista
mi orgullo ofende y mi confianza altera.
Díme tu nombre.

OMER. Omer.

RAOUL. ¿Por qué motivo
al lado mio sin cesar te veo?

OMER. De nuestra hermosa Castellana cumplo,
esclavo dócil, el mejor deseo.

RAOUL. Ella ha querido...

OMER. Que de noche y dia
vele por tí; que de tu cuerpo sombra,
siga tu cuerpo, adonde quier que vaya.

RAOUL. Tan calculada precaucion me asombra!

OMER. No te admire, Raoul; es noble el huésped
pero de aviesa condicion: se irrita
violento y sin piedad azota ó mata.
En la Borgoña su poder es tanto,
que es menor el del rey; si el rey se enoja,
iracundo Fayel á su monarca
de inícua rebelion el guante arroja.
Señor feudal, á su capricho ordena,
que flota su estandarte blasonado
de este castillo en la guardada almena:
todo es suyo; el vallado y la colina,
el bosque y la ciudad; el sol que alumbra,
del sembrado la mies, la flor y el árbol,
el rio que las tierras fertiliza,
la llamarada que el hogar calienta...
y hasta el ave candal que en el espacio
sus alas bate y su dominio asienta...
Todo aquí es suyo por diversos modos,

mientras que de la Arábia en los desiertos
aire, tierra, agua y sol... eso es de todos.
Y hay más... Fayel, como á sus gustos cuadre,
feudo se cobra en la inocente vírgen,
por más que llore el afligido padre;
y si el pechero se revuelve airado
contra el dogal de tan infame yugo...
¡ay del pechero!... ensangrentado tronco
se desploma á los piés de su verdugo.

RAOUL. Basta ya, Omer; y por tu bien respeta
de tantos nobles el feudal derecho.
La esposa de Fayel, la Castellana
de este castillo...

OMER. De Fayel la esposa
es para mí la perfeccion humana!
De mirra y casia, del clavel y rosa
formada ha sido y el divino aliento
vida á su cuerpo dió, luz á sus ojos,
piedad á su alma y á su lengua acento.
Ella del pobre la miseria alivia,
del triste el llanto bondadosa enjuga,
del perseguido la plegaria acoge
y á donde quiera que su planta guie,
besos de amor y gratitud recoge.
Desconsolada y abatida siempre,
más parece arrastrar dura cadena
que la feudal solemne vestidura,
con que engalana, de pesares llena,
la ya marchita flor de su hermosura.

RAOUL. Pues qué, Gabriela?...

OMER. Arrodillada un dia
frente al antiguo altar de los cristianos,
hija obediente al paternal consejo,
yo la ví, que ocultaba entre sus manos
de la frente el rubor, que allí medrosa,
hija de esclavo y como el padre esclava,

juró á Fayel fidelidad de esposa.

RAOUL. Pudo Gabriela resistir altiva
tamaña humillacion; resuelta pudo
de la Borgoña huir, buscar en donde
estar debia, su mejor escudo.
Señores hay, como Fayel, en Francia
de más benigna condicion, de brazo
más robusto en la lid, de más nobleza
dentro del alma y voluntad más firme...
Á un grito suyo, Omer, retado habria
al imperioso conde, quien más timbres
cuenta en su escudo, que en el cielo estrellas...

OMER. Padre y anciano, la infeliz tenia
y siervo de Fayel; sin otro apoyo,
que la esperanza en Dios, solo vivia...
y si un pechero aquí se vuelve airado
contra el señor que le amarró á su yugo...
¡Ay del pechero!... Ensangrentado tronco
se desploma á los piés de su verdugo.
No es la Borgoña mi desierto! Nadie
allá pronuncia del verdugo el nombre!...
Dulce region de santa independencia,
allí es tan libre, como el viento, el hombre!

RAOUL. Ya es tarde, Omer; y con el sol mañana
del castillo saldré.

OMER. Duerme tranquilo:
yo velaré, Raoul.

RAOUL. Antes me guia
á la capilla del alcázar.

OMER. Vamos:
al fin está de esa ancha galería.

(Omer y Raoul se retiran por el fondo.)

ESCENA VIII.

Queda la escena sola durante dos minutos. En seguida aparece Gabriela vestida de blanco y con aire triste y reflexivo. Se dirige pausadamente á la capilla del castillo. Al caer el telon, Arnoldo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Capilla del castillo de Otrey.—Una lámpara encendida: altar á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

RAUOL DE COUCY, arrodillado frente al altar.—OMER, de pié, en primer término á la derecha.

OMER. Rezando está! Conformidad revela
esa larga oracion! Al nuevo dia
el castillo de Otrey abandonando...
Feliz Raoul, que á mis desiertos vuelve!
Tierra en que yo nací, verde montaña
de mis padres hogar, tienda querida,
manantial de purísimos cristales
que los lábios del árabe refrescas
cuando cruza sus anchos arenales,
patria mia, que lloro y nunca olvido!

RAOUL. Vírgen María, de los cielos reina,
madre de amor para el que en tí confía,
desde ese trono, que tu gloria alumbra,
piadosa escucha la plegaria mia.
En Palestina te juré, señora,
tornar de nuevo á la mortal contienda,
si me era dado contemplar un hora
de mi funesto amor la hermosa prenda;
cumplido ya mi terrenal deseo,
de este alcázar feudal salgo mañana,
dejándola á merced de quien sin duda
reposo en ello y complacencias gana.
Madre, tú, del que llora, clara estrella
de su esperanza, hasta que Dios disponga
de su vida infeliz, vela por ella!
Gabriela regará con llanto suyo
el ara de tu altar, yo de tu Hijo,
con sangre de mis venas generosa,
del monte en que murió la áspera senda,
de su sepulcro la sagrada losa!
Vamos de aquí.—Llorabas?

OMER. El recuerdo
de mi patria, señor!

RAOUL. Yo de la mia
tambien me alejo para siempre.—Quieres
la cadena romper que te sujeta
y á tu patria tornar!

OMER. De tal antojo
líbreme la justicia del Profeta!

RAOUL. No te comprendo, Omer; no es un martirio
la esclavitud?

OMER. Entre jarales brota
hermoso alguna vez el blanco lírio.
El árabe, señor, es del Profeta
la imágen viva; enjendro misterioso
de astucia y de valor, sombra del valle

en que nació, fantasma vigoroso
libre y altivo, que murmure ó calle.
No ha menester para vivir palacio;
dióle el Profeta, artesonado y rico,
por techo ese liston, que estrellas bordan
y corona, abarcándole, el espacio:
el torbellino del Simoun le irrita,
la voz del trueno el corazon le ensancha,
goza en el huracan que sordo ruge
y en brioso corcel de tiesas crines,
con grave porte y corazon creyente,
águila del desierto que le cria,
de recia inundacion salva el torrente.
Noble es su alma y generosa; fiera
y vengativa, su perdon no aguarde
quien la ha ofendido; en su rencor no olvida
y de él se vengará temprano ó tarde;
mas si aquí dentro, solitario lírio,
que Alá bendice en su ternura, nace
la gratitud, el árabe es un perro
que tras de su amo vá, que por él vela,
fiel, á pesar de su collar de hierro.
La gratitud y la venganza juntas
me amarran á Fayel.

RAOUL. Vengarte, esclavo?
De qué? De quién? Si te ofendió en sus iras
injusto el conde, perdonar ofensas
de los buenos es ley; vengarlas, nunca.

OMER. Aquí la esclavitud á la garganta
nos aprieta el dogal. En sus desiertos
el árabe es un rey que puede al cabo
perdonar, ó morir, si le es contraria
la suerte en franca lid, no aquí el esclavo.
Noble el leon que en las montañas ruge,
de frente aguarda al cazador certero;
traidor el tigre la ocasion acecha

y entre sus garras le maltrata fiero.

RAOUL. Libre hoy mismo serás.

OMER. Si yo bendigo
cadenas y collar que me agarrotan!

RAOUL. Pues qué, ¿renuncia Omer á la alegria
de recibir el sol sobre la cumbre
del monte Horeb? El hijo del desierto
olvidó ya, que truena en la mezquita
la voz del sacerdote y que atropella
su religion, su independencia y leyes,
turba cristiana que orgullosa agita
nobles enseñas de estrangeros reyes?

OMER. Saluda, tú, peregrinando, en nombre
de mis recuerdos, pintoresca y santa
la colina de Aséd y el limpio arroyo
que fertiliza manso sus contornos;
de una palmera allí las verdes ramas
prestan sombra á mi hogar; un pobre viejo
débil, cansado, moribundo y solo,
llama indecisa que le alumbra apenas,
vé desde allí las macilentas flores
que el hoyo cubren donde en paz reposa,
madre de un hijo, que nació cadáver,
Moraima la de Tor, que fué mi esposa.
Llora por mí sobre la humilde tierra
que á la madre y al hijo en sus entrañas,
joyas perdidas de mi amor, encierra.
Yo aquí, señor, aguardaré la hora
de agradecer un bien que se me ha hecho,
de lavar un borron que me envilece...
Lo he jurado, Raoul; guardo en mi pecho
de mi vergüenza las sangrientas puntas:
me amarran á Fayel, ya te lo he dicho,
la gratitud y la venganza juntas.

RAOUL. Vamos, Omer, de aquí. Quién es... Gabriela!

ESCENA II.

RAOUL DE COUCY.—GABRIELA.—OMER que se retira al fondo de la escena.

GAB. Qué haceis aquí, Raoul?
RAOUL. A Dios pedia
santa conformidad, el pronto olvido
de mis dichas de ayer, Gabriela mia!
GAB. Raoul!
RAOUL. Teneis razon: impenetrable
muralla entre los dos el cielo puso;
levantada por él, tócale al hombro
resignarse y callar. En los altares
prestásteis á Fayel un juramento
que el corazon me hirió... Lo sé... obligada
fuísteis, Gabriela, en tan cruel momento.
Esposa de Fayel, si en el castillo
de Otrey me vísteis, caballero errante,
y de su puente levantó el rastrillo
su alcaide para mí; si ayer, radiante
con los recuerdos de la gloria mia
escuchásteis mi voz, ya el lazo roto
de nuestra ardiente fé, sabed, Gabriela,
que sacrílego ayer violaba un voto.
Cumplido en parte ya, de aquí me alejo
y á Palestina voy; empeño santo
me lleva á esa region! Feliz os dejo!
GAB. Feliz! feliz!
RAOUL. Gabriela!
GAB. Id en buen hora
contra el infiel y conquistando fama
á vuestro nombre, matareis recuerdos
que desesperan: entretanto, sola,
de un monasterio en el rincon sombrío,

yo al cielo rogaré, que en ese rudo
contínuo afan de la sangrienta lucha,
sea, Raoul, vuestro mejor escudo.

RAOUL. Y para qué? La desventura mia,
Gabriela, es tanta y mi pesar tan hondo,
que es mi existencia ya lenta agonía.
Que de la Siria en las llanuras muera
del corvo alfange musulman al filo,
ó bajo el techo, en criminal reposo,
del doméstico hogar, sobre el sepulcro
que á mí levante la piedad cristiana,
solo en la tierra ya, muerta mi madre,
nadie, Gabriela, llorará mañana.
Tiña el cruzado, pues, con sangre suya
de la inmortal Jerusalen el muro,
y ábranle allí sus pages y escuderos
en hoyo estrecho panteon oscuro!

GAB. Quien habla así, Raoul, no lloraria,
si antes que allá la del cruzado, triste
se abriera aquí la sepultura mia!

RAOUL. Gabriela! Pobre te encontré en el mundo...
tu nombre á la verdad de mi cariño
obstáculo no fué; te amé, Gabriela,
con la ternura y el candor de un niño!
Juramentos de amor consuelo daban
á mi tierna inquietud, yo los oia,
y como era tu amor mi única gloria,
mi única religion, yo los creia.
Qué se han hecho, Gabriela, qué se han hecho?

GAB. Aquí viven, Raoul, aquí los guarda
bajo una losa sepulcral mi pecho!
Y quién tamaño bien olvidaria?

RAOUL. Gabriela!

GAB. Yo, jamás; prendas del alma
dulces y alegres, cuando Dios queria!
Ellas solas me dán en el calvario

de mi penosa esclavitud paciencia!
Castellana de Otrey, corona y galas
á ceñir me negué; la alegre risa
de mis lábios huyó; tocas de luto
cubrieron mi cabeza en los festines
con que Fayel solemnizó sus bodas
y en ellos, más que reina, parecia
espectro del dolor que condenaba
su expléndida feudal cortesanía.
Sola me han visto los cercanos bosques,
sola esos valles sin cesar me vieron,
sus árboles tu nombre susurraron,
mis lágrimas sus flores recogieron.
¡Agreste soledad, bendita seas!
Mis ojos siempre en el Oriente fijos,
siempre clavado allí mi pensamiento,
yo creia... yo ví desde la cumbre
de esas montañas, en Messina, alegre
juntarse la cruzada muchedumbre,
y en el espacio, las revueltas olas
del mar á su esperiencia sugetando,
flotantes las cristianas banderolas;
yo arrojada la ví precipitarse
de Palestina en la desierta playa,
y envuelta en el ardiente remolino
del arenoso polvo del desierto,
de Tolemaida al pié clavar gloriosa
á su alta empresa transitorio puerto,
la Cruz que fué del Redentor esposa;
y yo te ví, Raoul, desde el oscuro
solitario rincon de mi morada,
batir sus puertas y escalar el muro,
y allí entre alfanges de la infiel Damasco,
revolverse y ondear, ya vencedora,
la roja pluma de tu limpio casco;
y al verte así, mi noble caballero,

mi bien perdido, mi mejor tesoro,
daba nuevo vigor á aquel cariño,
que un sueño fué, con mi escondido lloro.
¡Ingrato!

RAOUL. Nunca; tus palabras rompen
de mis pesares la mortal cadena;
ellas derraman en mi pecho ahora
virtud y amor, resignacion y pena.
¡Pena y resignacion! ¡Ley sacrosanta
á que no faltaré. ¡La Palestina
dejé por verte; á sus llanuras vuelvo.
¡Lazo estrecho á Fayel te unió en el ara...!
¡Lazo sagrado á mí, tambien, Gabriela,
me separa de tí!

GAB. Raoul! (Sobresaltada y con amargura.)

RAOUL. No pienses
que otro amor...

GAB. (Tranquilizándose.) Ay...!

RAOUL. En la estension del mund
quién pudiera llenar ese vacio
que tú dejastes, infeliz esclava,
esposa y mártir, en el pecho mio?
Solo Dios! Solo Dios! Y desgarrado
el corazon y la esperanza muerta,
más que soldado, peregrino, en alas
de la cristiana fé, los de la corte
tranquilos ocios renuncié; y cambiando
tejidos de oro por guerreras mallas,
alivio fué de mi escondida pena,
el sangriento vapor de las batallas.
Herido allí, la voz del sacerdote
grave y severa para mí implorando
del Ser Supremo la piedad... cercana
la hora postrimera de mi vida,
juré, Gabriela, consagrarla toda
al servicio de Dios, si me era dado

verte otra vez. A mi plegaria el cielo
prestó clemente el inmortal oido;
y ya cumplido mi incesante anhelo,
bajo esta roja cruz de los Templarios,
siervo de Dios, á los combates vuelo.

GAB. Huye, Raoul, de tus nativos lares;
á nuevos timbres el camino abierto,
desprecia el vendaval, corre los mares,
fatiga tu corcel, cruza el desierto,
y sé el primero, tú, de los soldados
que se arrodille ante la humilde losa
en que de Cristo, redentor del hombre,
la inmarcesible santidad reposa!
(Aparecen Fayel y Bertrand.)
Abrazados los dos dentro del alma,
este violento afan será el cariño
de dos hermanos que nacieron juntos,
que siempre juntos, con amor vivieron,
desde su aurora, por su mal, privados
de una madre que nunca conocieron.
Tuya, aquí dentro, yo; siempre, tú, mio,
de esas pasiones que el sosiego turban
¿qué nos importa el huracan sombrio?
Ay, Raoul! de mis lágrimas tesoro...
Para tí...! Para tí!
(Se enjuga los ojos con el pañuelo y se lo da. Fayel se adelanta.)

ESCENA III.

GABRIELA.—RAOUL DE COUCY.—FAYEL.—BERTRAND.—OMER.

GAB. (Viéndole.) Fayel!
FAYEL. Bien paga
el señor de Coucy mi generosa

franca hospitalidad! Mentir cansancio,
del noble huésped seducir la esposa...
empresa es digna de la ilustre raza,
que entra á saco los templos y abadias...

RAOUL. Fayel! la lengua refrenad, ó juro...
por la imágen sagrada que nos oye...
arrancárosla yo.

FAYEL. Loca amenaza!
Nadie en Borgoña superior se crea
á quien sostiene, como yo, en sus manos
la régia autoridad! Felon y espia
en mi castillo penetrásteis...

RAOUL. Miente
quien tal osa decir!

FAYEL. Raoul ignora
que se halla en mi poder? Que si yo quiero,
á la Borgoña, mi verdugo, cuenta
dará del atrevido caballero?

RAOUL. Lo sé, Fayel; y tu poder, que espanta
á ese rebaño de pecheros tuyos,
pisoteo, yo, aquí con firme planta.
Hazaña propia de Fayel seria
manchar así su blasonado escudo;
es mejor eso, que en marcial contienda
del árabe aguardar el choque rudo.
Quien de Enguerrando, como yo, ha nacido,
á las cruzadas vá; quien dentro siente
de sus venas hervir la sangre tuya,
sentencia y mata, y para más contento,
amenazando á la vejez medrosa,
agarra á una mujer, y en los altares,
contra su voluntad, la hace su esposa.

FAYEL. Y por qué tan bizarro caballero
no retó á su rival aborrecido?
Tuvo miedo el galan?...

RAOUL. Fayel!... Despacio...

Id despacio, por Cristo, en las palabras
que pronuncieis... Gabriela es inocente!
Limpia y sin mancha, como siempre estuvo,
Gabriela puede levantar su frente!
De ausencias mias se valió la astucia
del ilustre Fayel; que de otro modo...
Un juramento mi valor sugeta!
Sagrado es el lugar en que nos vemos;
no me precipiteis!... Mañana... ahora
del castillo saldré!

FAYEL. Tan sin cordura
me supone el doncel, que permitiera?...
Os engañais, Raoul; mi honra lo exige...
mi honra manchada, como no creia...

GAB. Señor!... Calumnia miserable es esa!...
Si fuera así, Fayel, yo viviria?

FAYEL. Este alcázar será vuestro sepulcro!
Bertrand...

GAB. Primero, que tamaño crímen
se lleve á cabo, en mí sacia tus iras;
en mí, que soy de tu rencor la causa!
Nada te importe que mi sangre corra,
que no me importa á mí, si de ese modo
hasta el recuerdo de Raoul se borra
en tu implacable corazon! Tormento
largo y penoso, maldicion mi vida
libértame de su insufrible peso!...
Vuelva Raoul á Palestina libre!
Noble una vez el Castellano sea
del castillo de Otrey.

(Fayel la coge del brazo y la arroja con violencia á tierra.)

FAYEL. Gabriela!

GAB. Bárbaro!

RAOUL. Escuderos y pages del castillo,
venid; dareis á vuestro conde sombra!

ESCENA IV.

FAYEL.—OMER.—RAOUL DE COUCY.—GABRIELA.—BERTRAN.—EL PAGE, EL ESCUDERO de Raoul.—Pages y escuderos de Fayel.—LAURA que se coloca al lado de Gabriela.

RAOUL. Oid: la diestra sobre el ara puesta
de este sagrado altar y Dios testigo...
Yo, Raoul de Coucy, declaro y juro
que se ha ultrajado á la infeliz esposa
del valiente Fayel! Mano atrevida,
mano cruel la maltrató alevosa.
Venganza pide tan cobarde insulto!
Ante vosotros, pages y escuderos
de este castillo, para mí reclamo
la ley de los ilustres caballeros!
Yo soy, yo soy su campeon, y arrojo
mi guante á la mejilla del villano
que la ofendió, para mayor sonrojo.
(Tira el guante á la cara de Fayel.)

FAYEL. Miserable! (Con la daga en la mano.)

RAOUL. Fayel!... (Señalando á los pages y escuderos.)

GAB. (Vírgen María.)

(Cae desmayada, y la retiran Omer y Laura.)

FAYEL. Yo, Raoul de Coucy, yo le recojo.

RAOUL. A la aurora, Fayel!...

FAYEL. Al ser de dia!

(Marchándose Raoul seguido de Omer, de su page y de su escudero.)

ESCENA V.

GABRIELA.—BERTRAND.—LAURA.—FAYEL.

FAYEL. Bertrand, con sangre lavaré mi afrenta.
Desde hoy, Gabriela en la almenada torre,

del castillo prision, guardada viva.
Ay de cualquiera, que escudero ó page,
mensage de ella y galardon reciba!
Fuera todos de aquí.

ESCENA VI.

FAYEL.

Mi tez se abrasa!...
Agitacion febril me desconcierta.

ESCENA VII.

FAYEL.—ARNOLDO.

FAYEL. Á tiempo llega Arnoldo.
ARNOL. El cielo os guarde!
FAYEL. Lo he menester, en mi cercano duelo
con Raoul de Coucy...
ARNOL. Grande es su brio;
su lanza la mejor de los cruzados...
su destreza sin par.
FAYEL. En favor mio
tendré mañana mi mejor derecho.
ARNOL. Y os sobra corazon.
FAYEL. Si me es contraria
la suerte, Arnoldo...
ARNOL. De mi cuenta corre
la del Templario.
FAYEL. El noble Castellano
del castillo de Otrey sediento vive
de sangre de Coucy.
(Saca de la escarcela el pergamino que le entregó Arnoldo en el primer acto, y con intencion.)
La propia mano

del caballero su sentencia escribe.
(Leyendo.) «Gabriela; dentro de pocas horas darán »sepultura á mi cuerpo en los arenales de la Pa»lestina. Monlac, mi escudero, te entregará mi »corazon. Se lo robará á mi sepulcro para lle»vártelo á tí, porque es ahora, como ha sido an»tes, la mitad del tuyo. Yo te he perdido, Ga»briela de mi vida; él será más afortunado que »yo, porque vivirá siempre contigo.—Raoul.»

ARNOL. Yo cumpliré la voluntad postrera
del señor de Coucy.

FAYEL. La afrenta ha sido
como otra no se ha hecho: aunque yo muera,
ha de morir Raoul.

ARNOL. De agradecido
me precio y de leal.

FAYEL. Mañana, Arnoldo,
al ser de dia mi mejor caballo.

ARNOL. Yo iré con vos.

FAYEL. Que nadie en el castillo...

ARNOL. Ya, por costumbre, os obedezco y callo.

FAYEL. Lo juro, Arnoldo; del cercano dia
el claro sol alumbrará terrible,
con luz siniestra, la venganza mia.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cuarto estrecho en la torre del castillo.—Una mesa y un sillon. Puerta lateral en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA.—LAURA.

GAB. El peso me agovia, Laura,
de tamaña desventura!
Que vuelva Raoul con vida,
que vencedor en la lucha
regrese Fayel, al borde
Gabriela está de su tumba!
Lo sé; lo presiente, oh Laura,
este corazon, que nunca
me engañó!

LAURA. Gabriela mia,
la voz de tu madre escucha.

GAB. Mi madre!

LAURA. Lo he sido yo

para tí desde la cuna.
Yo he recibido en mi seno,
llorando en tus amarguras
de niña, las infantiles
primeras lágrimas tuyas:
yo he visto brotar la llama
de ese amor que ya subyuga
tu razon y sobre tí
tanto afan y pena agrupa:
yo en el dia de tus bodas...

GAB. Ese dia en que perjura
y sacrílega...

LAURA. Silencio...

GAB. Si no me importa que cunda
entre mis gentes la historia
de mis amores! Calumnia
será que rechazaré,
si lo contrario aseguran.
Y si afortunado el conde!...
Si Fayel le mata, juntas
cavarán nuestros vasallos
la mia y su sepultura.

LAURA. Gabriela!

GAB. Dos años hace
que del silencio me abrum
el mármol frio; dos años
de largo afan y de ruda
contienda!... Laura, ya es hora
de que mis lábios prorrumpan
en gritos de amor, y alivio
den al mal que aquí me punza.
Ya es hora, Laura, ya es hora!
Yo le amo como ninguna
mujer amó! Por él diera
mi sangre toda! Me asusta
la idea de que se ponga

la fé de este amor en duda!

LAURA Gabriela, del corazon
heridas el tiempo cura!
En la cristiana doctrina
consuelos, Gabriela, busca...

GAB. Desde el dia en que cediendo
de un padre anciano á las súplicas,
troqué galas de doncella
por las ricas vestiduras
de las nobles castellanas,
desde ese dia, confusa,
ruborizada acudí
á esa fuente de ternura,
manantial de mansedumbre,
luz que á los ciegos alumbra,
flor de esperanza, que llaman
«oracion,» las criaturas...
Inutil fué mi propósito!
De hinojos ante la augusta
imágen de Jesucristo,
llorando al pié de las urnas
sagradas que el pan encierran
de la redencion, mi culpa,
en vano á Dios le he pedido
para olvidarle su ayuda!
Fijo aquí, y aquí, y aquí,
(Señalando al corazon, á los ojos y á la cabeza.)
en mi amorosa locura,
Raoul ha sido mi sombra,
su sombra ha sido mi única
felicidad en la tierra!
Héle allí! Sereno cruza
el bosque vecino y llega
á la espaciosa llanura;
la roja cruz sobre el hombro,
su lanza puesta en la cuja,

soldado del Temple, el brillo
de sus arneses deslumbra;
al aire flota su manto,
que va de prisa y le empujan
á tan reñido combate
su honor, y mi vida á una.
Allí está; mide el terreno;
buen caballero, saluda
cortés al que ha de matarle
sin compasion, como injusta
la suerte propicia sea
á su venganza iracunda.
Raoul de Coucy, valor!...
Raoul de Coucy, que nunca
te postre en tierra otro hombre, (Aparece el esclavo.)
sin que el primero sucumba! (Aparece Omer.)
Omer!

LAURA. Prudencia, hija mia.

GAB. Habla, Omer, y Dios me acuda!

ESCENA II.

GABRIELA.—OMER.—LAURA.

OMER. Al brillar la luz del dia
entre celajes de púrpura,
obligaciones cumpliendo
de esclavo tuyo, dulzuras
del sueño dejé, señora,
y fuí del Templario en busca.
Fuera del lecho le hallé:
al verme, con las dos suyas,
mi mano estrechó... Confieso
que fué mi alegria suma!
Tan bizarro caballero
á un esclavo!

GAB. Continúa...

OMER. Con mirada indagadora
y con ansiedad profunda,
sus ojos, que no su lengua,
por tí al cabo me preguntan.
«Presa está, le respondí,
y entre mortales angustias.»
«Hay un Dios, Raoul me dijo,
que su voluntad se cumpla.»
Yo entonces con estas manos
que en el desierto robustas
penetraban silenciosas
del tigre en la cueva oscura,
temblando como las ramas
que el blando céfiro arrulla,
sus armas le dí á Raoul
y le vestí su armadura.
Al pié del castillo estaba
su page, la frente mustia,
y en llanto la tez mojada
de sus mejillas enjutas.
Allí sobre su corcel
montó el caballero y juntas
partieron á un mismo tiempo
nuestras tres cabalgaduras.

GAB. Prosigue...

OMER. A distancia corta
de estas murallas negruzcas,
del conde Fayel morada
y cárcel de tu hermosura,
se estiende un risueño valle
que embalsaman y circundan
matas de diversas flores,
árboles de verdes cúpulas.
El conde Fayel allí
nos aguardaba, de punta

en blanco vestido; al vernos
el torvo entrecejo arruga,
á la par que el buen cruzado
noblemente le saluda.
Mídese el campo; en seguida
se dá la señal, y á una
arrancan los dos... Fué el choque
tan violento y con tal furia,
que vino Fayel á tierra
con lanza y cabalgadura.
El noble Templario entonces
baja leal de la suya,
y aguarda á que se reponga
Fayel del dolor que sufra.
Ya sereno el conde, embiste
de nuevo á Raoul; relumbran
las dos tizonas; el golpe
de Fayel rápido augura
al bizarro caballero
del Temple su hora última.
Roto en pedazos su yelmo,
llévase el aire las plumas
y esparce sobre sus hombros
su riza guedeja rubia.
Cae Raoul...

GAB. Santo Dios!
Y Fayel?

OMER. Fayel con furia,
mientras herido Raoul
se esfuerza y en vano pugna
por levantarse...

GAB. Qué hizo?

OMER. No sé...

GAB. Por qué disimulas?
Díme la verdad, Omer.
Qué me importa, si ya en suma

soy un cadáver que vá
él solo á su sepultura?

OMER. El conde Fayel dispuso
que unos villanos conduzcan
en hombros aquí á Raoul;
y tras la lid furibunda,
vertiendo sangre los dos,
uno poca y otro mucha,
tornan al castillo.
(Suena el clarin; ruido dentro.)
(Mirando al interior.) El conde...

GAB. Fayel!

LAURA. Gabriela, procura...

GAB. Madre de Dios! Qué hay allí?
Qué hay allí?

LAURA. De qué te turbas?

GAB. No habeis oido rugir
á un tigre?

LAURA. Allí... Qué locura!

GAB. No percibis un lamento,
como de res moribunda?

LAURA. Delira!

OMER. Desventurada!

GAB. Ven, Laura: se me figura
que voy á encontrar al paso
la res y la fiera juntas.

ESCENA III.

OMER.

Sí; tu pecho es leal; tigre es el conde,
que, postrado Raoul, le hirió indefenso!...
No por sus amenazas, porque fuera
de Gabriela el dolor menos intenso,
callé del conde la barbárie aleve...

«Me matas á traicion,» gritó el cruzado
desfalleciendo con quejido triste.
«Vengarme alguno de tu infamia debe;
muerte recibirás como la diste.»
Y en mí clavó los entreabiertos ojos...
y en mi pecho de pronto amontonadas
venganza y gratitud... Hora bendita!

ESCENA IV.

GABRIELA.—OMER; aquella agitada, convulsa, sabe que ha muerto Raoul.

GAB. Raoul ha muerto, Omer.
OMER. Lo sé.
GAB. La muerte
de Raoul de Coucy...
OMER. Traidora ha sido.
GAB. Quiero vengarla.
OMER. Con tu siervo cuenta.
GAB. Te duele, Omer, la esclavitud?
OMER. Daria
cuanto el Profeta en sus jardines guarda
de ventura y amor para el creyente,
por saludar en el desierto un dia
la luz del patrio sol y de la fuente
beber, que brota en la escondida senda
de mis montañas, y dormir seguro
al fresco abrigo de mi blanca tienda!
GAB. Omer, te acuerdas de Raoul?
OMER. Sus ojos,
cuando exhaló su postrimer aliento,
los ví clavados en los ojos mios...
GAB. Omer, te acuerdas de Fayel?
OMER. Su esclavo
he sido; el conde con brutales iras

mandó que me azotáran; por dos veces
el látigo crujió sobre mi espalda;
corrió la sangre de mi piel herida,
y amarrado el leon, rugiendo torvo,
clavar juró, si le dejaban vida,
su áspera garra en el cobarde pecho
de quien así, tan sin razon, ultraja
al poble esclavo, sin ningun derecho.
Angel de caridad, tú desataste
la férrea argolla del pilar sombrio
y el dia aquel se deslizaron juntos
tu llanto protector y el llanto mio.

GAB. Y dime, Omer; si en mi rencor ahora
y en nombre de Raoul, y por aquellas
lágrimas tristes que corrieron juntas,
y dándote la libertad que ansías,
yo te exigiera que el robusto brazo
armado de un puñal... qué es lo que harías?

OMER. A quién? (Con el puñal en la mano.)

GAB. A nadie, Omer; fué desvario
de esta imaginacion calenturienta...

OMER. Á quién? á quién?

GAB. La gratitud te ofusca.
Esclavo fiel, que mi condal anillo
sirva á tu libertad de santo escudo;
él te abrirá las puertas del castillo.
(Le entrega el anillo.)
Omer, libre eres ya: vuelve á tu patria;
nave hallarás en los cercanos puertos;
recobre al hijo, cuya piel tostaba,
el inflamado sol de tus desiertos.
Y cuando en ellos, caballero errante
el tosco lienzo de tu blanca tienda
herido y solo con temor levante,
como en su escudo y en su albino manto,
la roja cruz de los Templarios veas,

mira á un hermano en él; dale la lumbre
que caliente tu hogar, tu pan, tu lecho,
tu fé, la sangre que en tus venas corra,
todo el cariño, Omer, que haya en tu pecho!
(Omer se arroja á los pies de Gabriela.)
Mártir yo aquí, bendeciré tu nombre,
si allá en la soledad de tus montañas,
entre los mil que tu existencia agiten,
vueltos los ojos á Occidente un dia,
cruza un recuerdo que te arranque un grito
de compasion á la memoria mia.
(Aparecen Bertrand y Arnoldo: aquel con un pergamino en la mano; este con una redoma, que coloca sobre la mesa.)
Levanta, Omer.
(Omer se levanta y se retira al fondo de la escena.)

ESCENA V.

GABRIELA.—BERTRAND.—OMER.—ARNOLDO.

BERT. De mi señor en nombre...
fiel mensagero... (Entregándole el pergamino.)
GAB (Despues de tomarle.) Vete.

ESCENA VI.

GABRIELA.—OMER, en el fondo.

GAB. Helada siento
mi sangre toda! Con terror se crispan
mis dedos al tocar este mensage!
Qué me podrá decir? Ya lo adivino...
Murió mi defensor; vive mi ultrage.
(Abre el pergamino y lee en alta voz.)
«No direis, Gabriela, que el rencor me extravía,
»ni que el triunfo me ciega. Muerto Raoul, os en-

»vio lo que más puede consolaros en la eterna
»soledad á que os condeno para siempre.» Fayel.
Raoul!... Cesó de amar! Sombrío duelo
mientras exista yo!... Con la sangrienta
espada de Fayel me azota el cielo!
Perdona, justo Dios, si no sofoco...
porque no puedo... mi afliccion amante...
para dejar de amar me falta poco!
Vencido fué mi defensor; triunfara,
y en presencia de Dios, en fiel clausura
morir me vieran, abrazando el ara.
Jamás la dicha vislumbré un instante;
lejos de mí Raoul, y yo del mundo,
tanta separacion no fué bastante.
Mas, mas... cómo, Raoul? Lidió sin gloria
por mí, quien de Asia vencedor venia...
Si engañado me habrán? Si esa victoria...
pero el hombre capaz de alevosía,
no muestra compasion tras el combate...
Fayel consuelo á mi dolor envia...
consuelo enviará... que hiera y mate.
Mejor; así de mis tormentos huyo.
(Levanta el paño que cubre la redoma; dá un grito y retrocede horrorizada.)
Un corazon... Raoul!... Es... es... No puedo...
No lo puedo decir... El... tuyo... tuyo...
No, no; me finge mi razon demente
lo que no es dable que real exista...
Rezar y no mirar!... Omnipotente
Dios, por tu fé... Me tiran de la vista...
Vaso fascinador!... Si está caliente!
Sentí!!! Qué sentí yo? No siento nada.
Frio en las venas, en la frente peso...
Pues bien... tíbio el cristal... mi sangre helada...
No es de Raoul! Omer! Vengan por eso.
No es de Raoul; ya ves; no lleva mia,

ni una señal de lágrima, ni beso.
Quién lo trajo? Fayel? Oh!... Caminantes,
(Recorriendo la escena á grandes pasos.)
atrás... no entreis en la fatal comarca
donde vida no habrá que no peligre...
La sangre aquí los mármoles encharca,
mi alcázar se volvió cueva de tigre.
(Con risa irónica,)
Sí; mataste á Raoul traidoramente,
Fayel; hincabas el acero impio
en aquel corazon, y aquí doliente,
cediendo al corte, se rasgaba el mio!
Yo quiero el tuyo destrozar! Permita
Dios se armen contra tí villa y aldea;
que irritada Borgoña, Francia, el mundo!...
permita Dios, no más, que yo te vea!...
Fayel! Fayel! Raoul!
(Cae desplomada: á medida que Fayel habla, se va incorporando hasta que llega á la redoma y pone la mano encima.)

ESCENA VII.

GABRIELA.—FAYEL.—OMER, en el fondo.

FAYEL. La Castellana
de este alcázar feudal, la impura esposa
manceba de Raoul, ¿qué es lo que quiere?
Pude hacer más que remitirte entero
su corazon?

GAB. Raoul!
(Gabriela mira alternativamente á la redoma y á Fayel de hito en hito.)

FAYEL. Cierra esos ojos,
ó clávalos en tierra.

GAB. Te miraba...
para morir de horror... (Cae muerta.)

OMER. (Con voz de trueno, y con el puñal en la mano.) Fayel! Ahora
quien asesino fué, perdon no espere...
Tú me azotaste sin piedad ninguna...

FAYEL. Infame esclavo, de rodillas.

OMER. (Arrojándose sobre Fayel.) Muere.
(Cae Fayel: Omer desaparece por la puerta.)

FIN.

Aprobada por la Censura.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de las Infantas, 34, bajo.
1862.

Rs. vn.

ANTONIO ALTADILL

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ANTONIO ARNAO

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

A. GARCIA GUTIERREZ

El robo de las Sabinas, zarzuela en dos actos. 6

ANTONIO M. SEGOVIA

*La embajadora, zarzuela en tres actos. 8

ANTONIO AUSET

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

ANTONIO DE CAPMANY Y MONTPALAU

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

BARON DE ANDILLA Y GERONIMO MORAN

*La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

CAYETANO ROSELL

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

EMILIO ALVAREZ

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id. 8

EDUARDO INZA

*Llegar y besar el santo, zarzuela en un acto. 4

E. MARTINEZ CUENDE Y JOSE M. LARREA

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

EMILIO DE M. ROSALES

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

E. ZAMORA Y CABALLERO

Pobre importuno, provervio en un acto. 4

F. M. PEDROSA

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

FELICIANO LOPEZ

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

GERONIMO MORAN

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

G. PÉTANO Y MAZARIEGOS

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

J. E. HARTZENBUSCH

Cuentos y fábulas, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

J. E. HARTZENBUSCH Y GAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

JUAN RUIZ DEL CERRO

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

JAVIER DE RAMIREZ

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes. Cada tomo constará de 400 páginas próximamente. En Madrid. 15
En provincias. 19
Hay publicadas ocho entregas. Se suscribe á 4 rs. por cada cuatro entregas en Madrid y 6 en provincias.

JUAN LOMBIA

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

J. SELGAS Y CARRASCO

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

Rs. vn.

JOSE M. GARCIA

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8

JOSE M. DIAZ.

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

JOSE PICON

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4

J. JOAQUIN VILLANUEVA

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

LUIS RIVERA

*A Rey muerto, zarzuela en un acto 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

LUIS OLONA

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

LEOPOLDO BREMON

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

M. DE LARRA

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

M. PINA

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. . . . . .
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*La Giralda, id. en tres actos. . . . 8

Rs. vn.

La roca negra, id. en id. 8
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4

MANUEL DEL PALACIO

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8

MIGUEL PASTORFIDO
Y
NARCISO SERRA

*Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

M. ORTIZ DE PINEDO
Y
JOSE M. GARCIA

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

M. TRIGUEROS

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4

M. ALTOLAGUIRRE

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 9

M. JUAN DIANA

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

Rs. vn.

NARCISO SERRA

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

NICETO ZAMACOIS

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

P. N. DE SOBRADO

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

P. FERNANDEZ 4

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

RICARDO DE LA VEGA

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

RICARDO DE VELASCO

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

ADVRTEENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion, donde puede tambien pedirse.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T443
v.252
no.6